

Casa tomada:¹ ficción bioética

Pablo F. Argibay

Y sí..., en los últimos tiempos la cosa se estaba poniendo peliaguda. Desde la jubilación de Dios, cada uno hacía la suya. Ángeles y demonios aumentaban diariamente su inquina jugando partidos eternos de metegol¹. Pero las pasiones terrenales² llegaron a su apogeo cuando un ángel más tropezado que caído, y pasado a los demonios, sugirió jugar por “algo”. ¿Qué algo?, preguntaron de uno y otro lado. Simple, dijo el del tropiezo fatal..., acciones..., acciones sobre los humanos..., las más detestables o sublimes acciones. Acciones de la naturaleza, dijo un demonio malicioso, ya sabemos que, de las acciones entre humanos, ellos se ocupan mejor que nosotros. Además, agregó un ángel, toda acción de la naturaleza nos mostrará como siempre de qué están hechos estos humanos. Al final, no haremos otra cosa que reclutar más cuadros políticos...

Y el partido final se disputó en un departamento de Puerto Madero, indiferente e indistinguible de otros tantos departamentos a los ojos humanos. Ya se sabe que por fuera demonios y ángeles son tan humanos como demonios y ángeles somos los humanos. Metegol¹ de los de antes, dos contra dos, los mejores de cada grupo. Del lado rojo, el ángel tropezado devenido en demonio y un demonio grandulón y fanfarrón^{II} que se ganó su lugar más por matón que por habilidoso. Del lado blanco, un gnomo reclutado hacía tiempo por Dios en Irlanda, camiseta descuidada con un trébol en la espalda; su compañero, un ángel flaco y desgarbado, famoso por su defensa del arco con molinetes infranqueables. La pelotita iba y venía con volteretas vertiginosas. Vale todo y la filita de delanteros de metal despintado era un molino infernal..., de ambas partes. Al mejor de tres partidos del primero en llegar a los seis goles, empate por penales. El gnomo empezó muy bien, y fue un seis a tres de entrada. Pero el ángel tropezado estaba verdaderamente endemoniado y su arco era un portón. El matón con una fiereza incomparable les dejó a los demonios los finales dos triunfos. Calentura^{III} más o menos, la cosa estaba clara, los demonios habían ganado y definirían la “acción”. Accionemos con agua, dijo un demonio enano.

Síííí, dijeron varios. Que llueva, que llueva sin parar, dijo el demonio fanfarrón^{II}. Yo lo filmo, dijo el tropezado. Y yo pago la picada^{IV}, dijo el gnomo resignado ante la derrota y dispuesto a ver un buen *reality show* por TV.

Y llovió, llovió como nunca había llovido en años...

CARTA DE EMILSE INSAURRALDE A SU PADRE:³

A veces lo único que me sale es escribir. Incluso me siento culpable por tener encima tiempo de reflexionar sobre lo que pasó. De a ratos me agarra la tristeza pero más que llorar quiero escribir.

El agua empezó a bajar a las cinco de la mañana. Creo. Un solo reloj de pared nos ubicaba en el tiempo. De todos modos, para mí la noche se medía en azulejos. Sentada en el respaldo de una silla miraba de a ratos las uniones de azulejos que formaban la mesada, pidiendo por favor que no llegara al próximo porque eso solo podía significar que el agua seguía subiendo. Unas horas antes, la tarde ya se medía en zócalos y mientras más llovía se medía en el agua en los tobillos, en las rodillas... y ya después eran las sillas, las repisas, las heladeras.

El martes había sido una tarde linda para reencontrarse con amigos después del fin de semana largo, para ponerse al día, para recibir gente en mi nueva casa. Yo estaba en compañía de dos amigas, homeando tortas para pasar la lluvia, tomando mates con algún que otro apunte esperando para ser leído. Las primeras gotas solo me incomodaron, y los primeros charcos que se armaron en la casa me sacaron unos insultos lindos contra la inmobiliaria, y esa terquedad mía en buscar un departamento en planta baja. Quise corroborar que solo era el patio el problema y tuve la idea de abrir la puerta al pasillo, que ya se estaba llenando de agua y empezaba de a poco a entrar por los espacios que dejaba la puerta de chapa. Me desesperé y lloré. Pero, como me dijeron, yo siempre lloro, así que tampoco eso era parámetro. Dejé de llover, el agua todavía transparente se empezó a ir, yo seguía nerviosa. Golpearon la puerta, abrí la ventanita (para que no entrara agua por la puerta abierta).

Recibido 25/03/2013

Aceptado 4/04/2013

1. Alusión al cuento de Julio Cortázar. De alguna manera los intrusos del cuento simbolizan en el presente simplemente al agua..., el agua que todo lo toma..., a veces hasta al espíritu.

2. Cuando Dios se fue, cerró el cielo y el infierno, evacuó el lugar de ángeles, demonios, salvados y condenados, y tiró la llave. Desde entonces, estos seres vagabundean sus pasiones por esta Tierra.

3. Esta carta es real y me la envió un alumno, el padre de Emilse. Salvo alguno que otro recorte, la transcripción es literal y fue autorizada su reproducción.

N. del E.: I. Fútbolín, fútbol de mesa; II. Charlatán, tramposo, aparentador; III. Furia, enojo, cólera, irritación; IV. Entrante de la gastronomía argentina que incluye, típicamente, pequeñas porciones de quesos, jamón, salame, aceitunas, maní y papas fritas.

– Hola, soy Pablo, el vecino. ¿Están bien? –me vio desencajada, sé que lo notó.

– El papá de una amiga nos va a venir a buscar y me voy con ella.

– No salgan, que está peligroso afuera... Igual tampoco va a poder llegar nadie hasta acá. Si necesitan algo avísenme, yo voy a ver cómo está el otro vecino.

–Un pucho, un pucho.

– No, es el último. El que se consumía en su mano.

Cerré la ventana. Caminé nerviosa por la casa, buscando trapos, vaciando los cajones, los estantes con libros, poniendo lo que encontraba encima de la heladera, de la mesada, del extractor. Sin mucho criterio subí todo lo que pude del piso, a la mesa o a la cama.

A eso de las siete u ocho de la tarde –creo– empezó a llover de nuevo, y, aunque ninguna de nosotras quería decirlo, sabíamos que el agua subía más rápido y más alto que antes. Se trastocaron las prioridades. Que no se moje el módem. Que no entre agua al baño, a la habitación. Que las zapatillas queden secas. Que los libros no se arruinen. Que no se quemé la heladera. Que mi hermano esté bien. Que no entre agua por el pasillo, fue suficiente con la del patio. Que venga tu papá a buscarnos, Maca. Que no se olviden de que acá hay gente. Que pare de llover. Que podamos salir.

Decidimos buscar las velas y cortar la luz, cerrar las llaves de gas y esperar. Mi límite estaba puesto en la cantidad de agua del pasillo: en cuanto llegara a la ventana de la puerta la entrada de agua, iba a empeorar adentro de la casa. Ahí nomás que llegó, supimos que era grave... estoy segura de que todos nos dimos cuenta tarde de que estaba pasando algo grave. Cada una de nosotras agarró su bolso, con cosas tan inútiles adentro, y salimos corriendo al pasillo a buscar al vecino. Fue tanto el apuro y el susto que cerré la puerta de la casa sobre los dedos de una de mis amigas que gritó fuerte e hizo que el vecino abriera la puerta por donde nos metimos sin preguntar ni saludar. Nos recibió callado, entre enojado y apabullado. Nos ofreció unos mates que ya tenía preparados. Su casa estaba igual de tomada por el agua, pero era obvio que tenía más historia ahí adentro que yo en la mía. Él se movía para todos lados, agarrándose la cabeza de a ratos por recordar las cosas olvidadas en los cajones. Cajones a los que se suponía que el agua no iba a llegar, pero llegó. Nos ofreció unas sillas para pararnos y sentarnos en el respaldo, para no estar sumergidos en el agua porque ya estaba entrando el frío. La ropa mojada en el cuerpo. La heladera moviéndose. La heladera cayéndose. El vecino atinando a agarrar el canasto con cosas que había dejado arriba. La heladera flotando.

Pensamos en salir del pasillo, porque era imposible encontrar más altura que la de los muebles. La puerta de salida a la calle, trabada, finalmente abierta. El agua hasta la cintura y la calle transformada en río, en correntada. La noche y el agua impregnando todo, la vecina de enfrente



Composición digital del autor con dibujos del mismo e imágenes periodísticas. Dibujos originales en carbonilla sobre papel. Pablo Argibay

pidiendo ayuda. Desde la otra vereda dos personas encima de una camioneta ofreciéndonos ayuda con una soga, pero desistiendo al poner un pie sobre el agua y dándose cuenta de que la profundidad y la fuerza eran muchas, demasiadas. Una de mis amigas preguntando:

– ¿Qué es eso?

– El techo de un auto.

– ...

Comunicarse a los gritos con los de enfrente para pedirles que no se olviden de que somos un hombre y tres chicas por si llegaba a aparecer la ayuda. Que mejor volvemos al departamento que tiene dos centímetros menos de agua. Volver a las sillas. Buscar contacto telefónico con alguien para que supieran que estábamos ahí. Lo que ninguno decía, pero sabía, era que nadie iba a venir a buscarnos. Sentirnos abandonados. Pensar que menos mal que no es invierno. Pensar que hay gente que debe estar con sus hijos. Relajarnos un poco al reconocer la marca del agua, hojas y el barro en la pared y el agua un milímetro más abajo. Esperar. Al menos ahora esperar a que siga bajando. No querer ir a mi casa por la tristeza de ver mis propias cosas flotando. El agua oscura un poco más abajo de la rodilla. Decidir con mis amigas que era hora de volver a ver cómo estaba todo, buscar alguna ropa seca salvada y huir a cinco cuadras donde sabíamos que nos estaban esperando con una frazada.

Toda la noche la tranquilidad de a cuentagotas. Unos últimos mates calentitos. La compañía. Los chistes y las risas falsas. Los insultos para descargar. Unas medias secas para cuando baje el agua. Los silencios. Las miradas perdidas. La campera seca de mi vecino arremangada hasta la cintura para que no se moje. Una cama seca a las siete de la mañana. Un vaso de agua para calmar la sed. Los llamados de todos los conocidos preocupados. Comunicarme con

todos los que conozco y saber que están bien, más allá de las pérdidas y de los momentos.

El agua empezó a bajar a las cinco de la mañana. Creo. Pero todavía están bajando tantas sensaciones. Pasé tantos años en La Plata y nunca sentí tan propio este lugar. La ciudad está triste, MI barrio está triste, MIS vecinos están tristes y yo estoy triste con ellos. Si es que hay algo bueno en todo esto es que hasta hoy la gente de la ciudad –y de muchos otros lugares– se mueve, se preocupa, se organiza para abrazar con fuerza a todos los que todavía tratan de salir adelante.

EPÍLOGO

En Puerto Madero, un metegol callado y un departamento vacío seguían las imágenes de la televisión. Horas antes, alguien había dicho: ¡se nos fue la mano! Quién sabe, tal vez aquel muchacho que recorría las calles inundadas de La Plata rescatando gente en un endeble bote era el demonio grandulón y fanfarrón. O aquel viejo que ofrecía a sus vecinos lo poco seco que tenía era un ángel flaco y desgarrado. Ya se sabe..., a veces, solo a veces...

Abril de 2013